

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

UNA DESCRIPCIÓN INÉDITA DE MARRUECOS A MEDIADOS DEL SIGLO XIX. DIARIO DEL VIAJE DE TÁNGER A FEZ EN JUNIO DE 1866 DE FRANCISCO MERRY Y COLOM, MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DE ESPAÑA, EN MISIÓN ESPECIAL SOBRE CEUTA Y MELILLA. María José Vilar. Prólogo de Bernabé López García. Ediciones de la Universidad de Murcia, Murcia, 2009. 168 pp.

El uno de enero de 1903 *El Globo* de Madrid publicaba sin firma un artículo de Azorín titulado «Nietzsche, en el convento». En el diálogo que se desarrolla, que versa sobre justificaciones colonialistas, Marruecos queda retratado como pueblo bárbaro, de gente inculta. Otra pincelada xenófoba más en un lienzo secular de fobias mutuas que por su gran tamaño no cabría expuesto en ningún museo.

Cuando reseñamos la obra sobre Ceuta de María José Vilar [VILAR, M^a J. (2002): *Ceuta en el siglo XIX a través de su cartografía histórica y fuentes inéditas (1800-1912)*. Prólogo de Carmen González Martínez. Ed. Universidad de Murcia. Murcia, 393 p.] apuntamos la existencia entre España y Marruecos de

episodios de roces marrulleros y conflictos que han fraguado y alimentado la imagen xenófoba del moro traidor y codicioso, desagradecido e insultón, rebelde y montañés, tan popular en los textos de las representaciones y farsas de Moros y Cristianos de nuestro folklore y de nuestra literatura. Y que traen a la memoria colectiva una experiencia abundante de parlamentos enérgicos. Y de guerras en el XIX, en el XX.

En el mismo sentido, en otro lugar, cuando analizamos el opúsculo «teatral» titulado *Historia de la Guerra de África, sostenida por la heroica nación Española contra el imperio Marroquí en los años de 1858 a 1860, según informes de testigos que presenciaron tan encarnizada lucha; aumentada con un Pasillo Nuevo entre Muley-Abbas y el Empera-*

dor de Marruecos editado en la segunda mitad del XIX en Zaragoza, en la imprenta de V. Andrés –si bien existe una edición facsímil hecha en 1995 por el Servicio de reproducción de libros de las librerías París-Valencia– escribimos que

a lo largo de todo el texto, la galería de calificativos contra moros que aparece es tópica y se asienta en la tradición de una morofobia nacional labrada por una experiencia histórica tensa: «brutos», «bárbaros», «impíos», «perros», «montaraces», «ciegos» –siempre de avidez–, «traicioneros», «canallas», «degolladores», «marranos», «insultones»...

Los muchísimos ejemplos –ya lo hemos dicho– alimentan un sentir recíproco y secular de recelos entre naciones vecinas. Que el estrecho y los territorios españoles en África lo mismo han sido abismo que puente, cebando igualmente fobias que atracciones.

La obra que hoy comentamos va más de lo segundo y nos acerca a un personaje, Francisco Merry y Colom, que nos conduce con privilegio por tierras y gentes marroquíes en un periodo de tensa paz. Concretamente en el año 1866. Tensa paz porque el territorio marroquí es un avispero de tribus más o menos cohesionadas en torno al Sultán y tensa paz porque no se olvide que poco más de un lustro antes España había peleado contra Marruecos en aquella guerra que se cerró el 25 de marzo de 1860 con el tratado de Uad-Ras ratificado en Tetuán un mes después.

De dicho viage llevaré el correspondiente diario para conocimiento de V.E., y a fin de que sus noticias puedan aprovecharse los agentes de S.M., que en el porvenir hagan este mismo viage.

Esto comunica por carta Merry y Colom al Excmo. Señor Ministro de Estado D. Manuel Bermúdez de Castro; carta fechada en Tánger el sábado 16 de junio de 1866, en la víspera de la partida de la embajada hacia Fez para entrevistarse con el Sultán Mohamed IV con la intención de reivindicar acuerdos pendientes desde aquella paz de 1860.

Ese «correspondiente diario» del viaje de junio de 1866 es el que nos trae la historiadora y geógrafa María José Vilar, anotado y bien arropado de despachos anteriores y posteriores a la embajada, documentación antecedente y consiguiente en gran parte inédita. Al tiempo que nos anuncia la futura edición, también anotada, de los despachos del viaje a Rabat del mismo Merry en 1864.

Lo que ahora nos ocupa, la edición del viaje de junio de 1866, nos la presenta aliñada con un apéndice de láminas donde destacamos de antemano la exquisita elección de unos grabados de Stefano Ussi y C. Biseo escogidos del libro *Marruecos* (Barcelona, Espasa y Cia, Editores, 1892) de Edmundo de Amicis. Precisamente uno de estos grabados, el que se titula «Salida de caravana desde Tánger a Fez», sirve para la portada. Elección, la de los grabados, más que justificada y en

absoluto metida con calzador porque como apunta en el prólogo Bernabé López García, catedrático de Estudios Árabes e Islámicos contemporáneos en la Universidad Autónoma de Madrid, el viaje de Merry y Colom

recuerda el que Edmundo de Amicis realizará pocos años más tarde.

Porque si fuera por meter ilustraciones, acaso con calzador, leído el libro se nos ocurre por ejemplo el haber echado mano de las acuarelas de Delacroix sobre Marruecos, fruto de un viaje en 1832 en el que el pintor quedó fascinado por el país como se nota en sus acuarelas y comentarios (Véase *Delacroix: viaggio in Marocco: acquarelli. Delacroix: viaje a marruecos: acuarelas. Delacroix: Marokkaanse reis: aquarellen*. Introducción de Alain Daguerre de Hureaux, Paris, Bibliothèque de l'Image, cop. 2000).

Centrándonos en el contenido del libro, en el prólogo, Bernabé López, que dice con su autoridad de cátedra la valía de lo publicado, apunta un aspecto que no debe ser ignorado cuando tratamos sobre las relaciones con Marruecos, la de que el diario que nos presenta María José Vilar además de diario de viaje es

manual de cómo relacionarse y negociar con la corte marroquí. Lo curioso del caso es que siglo y medio más tarde siga teniendo vigencia para este menester.

Esto subraya López Bernabé y no yerra en su percepción.

En 1866 Marruecos es un país sin caminos. Nos lo advierte Merry y Colom en el diario:

En Marruecos no hay caminos. El paso de las caravanas abre senderos que desaparecen con las lluvias del invierno; por estos senderos primitivos caminamos no sin dificultad por las muchas piedras de todos tamaños que obstruían el paso.

Y sírvanos la descripción objetiva para trasladarla figuradamente al mundo de la diplomacia con el país magrebí donde no pocas veces la «falta de caminos» y las «muchas piedras de todos tamaños» han dificultado o ralentizado las relaciones diplomáticas al obstruir los pasos. De hecho, el objeto del viaje era negociar el establecimiento de una aduana en Melilla y, si fuera posible según deseo de Merry que no será, también en Ceuta. Todo para facilitar los intercambios y en el caso específico de Melilla desenclavar el presidio. Al cabo compromisos pendientes desde el fin del conflicto hispano-marroquí en 1860.

Pero María José Vilar, como nos viene acostumbrando en sus estudios, ha apreciado en el viaje de Merry y Colom de junio de 1866 un interés, además de diplomático, geográfico: físico y humano. Como se corrobora reglón a reglón en la lectura del mismo.

Medio siglo antes, Domingo Badía y Leblích –conocido como Ali Bey al-Abassi– había realizado parecido itinerario. Y bien que la experiencia de éste sirve de guía a Merry y Colom que en algunos momentos de su diario anota

algún comentario que demuestra saber bien de la experiencia de Ali Bey. Y lo confiesa porque en un pasaje afirma que hasta el sitio donde se divide el camino de Fez del de Mequinez ha seguido el mismo itinerario que el famoso aventurero siguió en octubre de 1803

y he podido ver por mí mismo con cuanta exactitud y cuanta verdad escribía aquel intrépido viajero.

Quizás valga la pena en un futuro, vista la aportación de la profesora Vilar, dedicar un estudio comparado entre el viaje de Badía y el viaje de Merry como se esboza en la pertinente nota 111 que demuestra, por ejemplo, que Merry utiliza la misma imagen que Badía para referirse a la estrechez de las calles en Fez: el que por esa estrechez no caben dos caballos.

Por lo tanto, no es todo lección de diplomacia y política administrativa en el diario, los datos geográficos también salpican el manuscrito. Y aquí, Merry, al tiempo que excelente tejedor de lazos internacionales, se nos revelará como un guía viajero muy atento de las cosas que decimos geográficas. Así, no pasan desapercibidos ciertos fenómenos y, por ejemplo, Merry se muestra buen conocedor del espacio que pisan o han de pisar sus pies cuando el 31 de julio de 1866, antes de iniciar el viaje de retorno desde Fez, escribe en carta al Ministro de Estado:

Para evitar en lo posible los rigores de la estación, tomaremos un camino algo más corto que el que seguimos a la venida a esta ciudad.

Del mismo modo fue en la víspera de la partida, a mediados de junio, cuando junto con razones logísticas, no olvidó Francisco Merry y Colom en carta al Ministro de Estado considerar circunstancias meteorológicas:

(...) el calor es cada día más intenso, y ha empezado la estación de las fiebres.

La expedición parte el 17 de junio de 1866. A las cuatro de la mañana. Después de oír misa en la Iglesia de la misión franciscana española en Tánger. La comitiva es numerosa. Nutrida por efectivos españoles y marroquíes. Y, como venimos diciendo, a lo largo del diario Merry anotará elementos geográficos que suenan a geografías descriptivas o a guía para turistas:

(...) llegamos a las seis y media a Ein Dhalia Seguer [Ain-Dalia], lugar que toma su nombre de una fuente cercana, de excelente agua ferruginosa.

Y no faltan, respecto a Ain-Dalia, consejos para futuros viajeros:

El calor no nos ha molestado mucho, pero aconsejo a los que después de mí hagan este viaje, que no acampen en este sitio por ser pantanoso y muy malsano.

Precisamente, como lo subraya María José Vilar, para evitar los «rigores de la estación» la comitiva se ponía en marcha de madrugada, normalmente sobre las cuatro o cuatro y media de la mañana lo que exigía empezar a mover el campamento sobre las dos y media o tres de la mañana. Por lo mis-

mo, la jornada viajera solía concluir al mediodía. Al respecto de la comitiva, se entretiene la autora presentándonos con cierto detalle a los acompañantes de la legación y apuntando perfiles de interés para trabajos biográficos. De la comitiva también impresiona el volumen del séquito (sirvientes, mozos de cuadras, escoltas...) al que se añadían esporádicamente más personal de los diferentes bajalatos que recorrían.

Además de las alusiones a la tempestad, el interés geográfico de esta obra reside en las descripciones orográficas, hidrográficas, botánicas, demográficas y sociológicas que —si bien breves— aparecen como joya de la percepción a lo largo del relato.

Efectivamente el diario es cuadro de pinceladas geográficas: un riachuelo, una higuera, un llano pantanoso, una tribu... Son elementos que llaman la atención al diplomático curioso del paisaje y de sus gentes. Un paisaje que se transforma por labor de los hombres:

El Gaba Daracalan estaba cubierto a principios de este siglo de grandes alcornoques, que han sido destruidos o quemados por los árabes y los beduinos.

Por otro lado, ciertos apuntes tienen valor antropológico. Por ejemplo cuando describe el campamento formado «al uso árabe»: la tienda principal en el centro y por el alrededor de ésta, formando un círculo, las demás.

Los elementos físicos y humanos del paisaje percibidos en el recorrido

con ojos de geógrafo-viajero o de viajero-geógrafo van salpicando el diario. Aquí un terreno llano sembrado de trigo, allá un río con poca agua, más acullá el sepulcro de un morabito en medio «de un pequeño pero frondoso bosque de olivos seculares», en aquel lugar una fuente cuya agua es excelente. Las descripciones de las cosas que se contemplan adornan el diario. Merry no es corrujero para retratarnos lo que observan sus ojos. Es verdad que no es Miró, ni Azorín entreteniendo el paisaje hasta detener el tiempo real, pero no le da pereza el pararse en algún detalle. Por otro lado, algunas descripciones no son meramente descriptivas. Llevan corazón, llevan sentir:

Después de pasar por un precioso bosque de mirto, (...)

También, para ilustrarnos y completar los saberes sobre el lugar donde se encuentra, el autor hace referencias históricas ilustrándonos, por ejemplo, sobre la Rota de Alcazarquivir o Batalla de los Tres Reyes de agosto de 1578. O sobre la batalla de Wad-Ras de marzo de 1860 y sus repercusiones políticas.

Por otro lado, lástima que Merry no nos detalle más las comidas para completar el diario-guía con exquisitez, limitándose a decir en una ocasión que se las sirvieron al uso marroquí, compuestas de muchos y variados platos. O en otra que

nos sirvieron te con menta, hojaldres y otros manjares del país.

O –aludiendo seguramente al tajín– que:

El Bajá Beni Melek, como Ben Anda, nos ha enviado por la mañana y por la tarde dos comidas completas. Quince beduinos llevando sobre la cabeza grandes platos con altas cubiertas cónicas (...)

O también –precisará Merry testimonianando la hospitalidad musulmana– que en una ocasión además de las comidas a los más importantes

han añadido grandes platos de alcuzcuz para todos los guardias, criados y arrieros árabes que me acompañan, y que forman un total de más de cien personas.

El tiempo atmosférico importa a Merry que como ya se ha visto en alguna ocasión alude a la temperie. Que si calor, que si tempestades nocturnas o vespertinas, que si el cielo cubierto, que si la mañana húmeda, que si la mañana fría...

El urbanismo también atrae la atención de nuestro viajero embajador. Al contraste de lo paradisíaco de los espacios que el sultán dispone para la embajada (palacio, jardín de naranjos, suelos de mosaico, paredes alicatadas y cubiertas con arabescos, techos bellos con resaltes dorados sobre rojo y azul...) está la ciudad de Fez con calles poco limpias. La misma impresión negativa, según nos anota María José Vilar, que Merry tuvo en Marrakech tres años atrás viendo entonces la ruina de edificios.

En absoluto pasa desapercibido para María José Vilar, desde su formación geográfica e historiadora, este

interés específicamente geográfico del manuscrito. Esto si la Geografía es saber específico. Esto si la formación determina la inteligencia. Historiadora y geógrafa, geógrafa e historiadora, la autora atiende con rigor todo el valioso maná informativo del diario que al tiempo también contiene mucho interés político sobre la dinámica interna de un país que está haciéndose Estado, sobre su pasado inmediato, sobre las versátiles relaciones entre los poderes regionales y locales con el Majzén, sobre la seguridad e inseguridad de las zonas rurales, sobre la doble dimensión política y religiosa del Sultán, sobre los límites de su autoridad...

Interés geográfico, físico y humano, humano y físico, porque el pleni-potenciario Merry como hemos advertido se entretiene en decirnos paisaje, cultivos, costumbres, gastronomías... Así el libro hay momentos en los que con armonía suena –ya lo hemos dicho– a buena guía de viaje.

En el ámbito concreto de las costumbres, de las tradiciones, estamos seguros de que la lectura del libro atraerá la atención de festerólogos que gozarán cuando se detalla en repetidos episodios la espectacular práctica de correr la pólvora, festejo de cabalgada y disparos de espingardas que se hace como agasajo. O algunas comitivas que como la que les recibe en las proximidades de Alcazarquivir les salen al encuentro «precedidas de músicas berberiscas» y, al acercarse y pasando entre las filas que han forma-

do para el recibimiento, realizan salvas simultáneas. No menos la descripción de la pomposa cohorte para la embajada: el lujo en los caballos berberiscos, los unos doce mil hombres en correcta formación, la música organizada a la europea que toca aires españoles, las banderas rojas, verdes, amarillas y blancas de Fez... No menos pomposa que la recepción en sí misma: unos tres mil hombres de infantería regular formados en dos líneas antes de llegar a palacio que presentan armas mientras la embajada española pasa por en medio de ellos, el abundante boato, los dignatarios de la corte y que:

Como en Marruecos [Marraquech] y en Rabat, el Sultán se presentó vestido de blanco, sobre un caballo del mismo color con arneses de seda blanca y verde.

Un sultán que se retiraría *muy complacido en medio de los acordes de la Marcha Real española, que tocaban los músicos marroquíes.*

Frente a quienes se empeñan en «prehistoriar» la Fiesta de Moros y Cristianos viendo razones medievalistas, sostenemos ya tiempo que mucho origen de estas Fiestas tan extendidas por Levante se encuentra más inmediato en el XIX. La Comparsa Bando Marroquí de Villena, sirva de ejemplo, se fundó en 1866. Precisamente el mismo año del viaje de Merry que Vilar ha rescatado. Y también en relación con esto, curiosamente, cuando se dicen en el libro los colores de las banderas de Fez –rojas, verdes, amarillas y blancas

como hemos visto más arriba– son los mismos tonos que lucen combinados en banderas y banderines los comparsas del Bando Marroquí en las Fiestas de Moros y Cristianos de Villena. No queremos afirmar nada pues casi nada tenemos, salvo estas coincidencias que nos llaman la atención, para redundar en ese runrún que nos suena semejante. Hoy por unas descripciones, ayer por unos textos, anteayer por múltiples anacronismos contra los tiempos de la Reconquista que alejan de un pretendido origen medieval a estas conmemoraciones festeras. Por mucho que se quieran ver e incluir en ellas oropeles y fanfarrias del medioevo.

Pero el libro, además del diario, 24 folios y 47 páginas, que sólo contempla la ida desde Tánger a Fez, ida que duró once días, de 17 a 28 de junio, también incluye, como hemos apuntado, una addenda documental que arroja al relato del periplo con información que nos ilustra sobre los preparativos y los flecos de la gestión. Gestión que cumpliría con su objetivo al firmarse un convenio en 31 de julio de 1866 para establecer una aduana en Melilla además de otros acuerdos encaminados a reforzar la seguridad fronteriza y a garantizar para España el cobro de las indemnizaciones convenidas en la firma de la paz de 1860. Cosa que no fue coser y cantar.

María José Vilar hace un ilustrativo seguimiento e inventario riguroso de anteriores y posteriores acuerdos al acuerdo de julio de 1866 ratificado

en Tánger el 10 de febrero de 1867. Un inventario que resulta rosario de relaciones y diplomacias perenne que muestra unas relaciones de vecindad muy intensas. Quizás sea esta parte de la obra una de las partes que resulte más útil a los lectores interesados en la política internacional de España con Marruecos al presentar sistematizada una información que para su mejor comprensión requiere precisamente orden. Para ello, la autora se remonta al tratado de 1767, al convenio de 1780, al acuerdo de 1785, al tratado de 1799; actualizado todo en 1844 tras varias reclamaciones españolas por incumplimiento de lo pactado y, sobre todo, por los incidentes fronterizos. Incidentes fronterizos que no permitirán ratificar el convenio firmado en Tetuán (24 de agosto de 1859) que ampliaba los límites de Melilla, incidentes fronterizos que llevarán a la Guerra de África (1859-1860). Aquí, se entretiene la autora en el Tratado de Paz de Uad-Ras de 25 de marzo de 1860 y otros acuerdos derivados del mismo. Precisamente el incumplimiento de estos pactos, principalmente por la oposición de las cabilas, exigirá la realización de una embajada a Marraquech en 1863 donde ya conocemos al Merry diplomático que firma el catorce de noviembre en representación del Estado Español el acuerdo de límites de Melilla. Acuerdo complementado con otra embajada de Merry a Rabat un año más tarde. Embajada que –nos informa Vilar– no se tradujo

en documento formal, sí en convenio para el establecimiento de un faro en Espartel necesario para la navegación por el estrecho (Convenio de Tánger, 31 de mayo de 1865).

Nuevamente, asuntos pendientes de solución entre España y Marruecos, derivados de los acuerdos previos, principalmente la cuestión de la frontera de Melilla y el proyecto de aduana, harán necesario el viaje de 1866 que se nos desvela íntegro en esta publicación. Así, la addenda previa al diario nos ofrece una docena documental que nos sirve bien para conocer los preparativos del viaje y meternos en él. No menos para conocer el arte diplomático de la lisonja, especialmente cuando hablan los marroquíes cuyos documentos están llenos de acotaciones tan retóricas como empalagosas, tan sumisas como hipócritas. Al menos a eso suenan en no pocas ocasiones. Toda la documentación se nos ofrece anotada a pie de página con información útil. En el caso de algunas personas esta información resulta ilustrativa para poder situarlas en su dimensión política.

En este apartado documental previo al viaje cabe destacar el documento número cuatro. Resulta un interesante material conspirativo ante la situación provocada por la enfermedad aparentemente grave de Mohamed IV en marzo de 1866. En este ejemplo intuimos la compleja tramoya de la labor diplomática. Merry, en caso de fallecimiento del Sultán, que finalmente no será, apuesta secretamente por apoyar

a Muley el-Abbas frente a los candidatos Muley Hassán o Muley Solimán. Repuesto de su enfermedad el Sultán, la embajada de 1866 será posible acelerando los últimos preparativos. También las prevenciones. Entre ellas, las que nos revelan algunos documentos recogidos en el bloque 10 de esta addenda previa. Aquí, por seguridad, Merry comunica su renuncia a instalar el pabellón nacional en el campamento de la expedición. Ni siquiera lo llevará precediendo la marcha para no irritar la xenofobia de las cabilas. Un informe confidencial de Diego H. de Parada justifica la decisión al alertar a Francisco Merry y Colom sobre el mal recibimiento que el pueblo de Fez ha tenido con una delegación gala

por el odio que profesan a los Europeos

y

por haber cometido la imprudencia de entrar con la bandera Francesa desplegada.

La inestabilidad política en Marruecos también queda patente al aludir al movimiento de ciertas cabilas contra el Sultán.

Entre estos documentos también destacamos las cartas que se cruzan Merry y Vargas. La de Vargas a Merry cargada de rimbombancias retóricas, la de Merry a Vargas de lisonjas.

Finalmente el Sultán autorizará el viaje de Merry a Fez y le envía a Tánger escolta. Cuando este contingente llegue, Merry se dispondrá rápidamente para el viaje.

La segunda addenda al diario recoge los documentos relacionados con los prolegómenos a la entrevista y negociación, con la recepción oficial y con alguna referencia a la vuelta. En ellos también Merry nos proporciona datos curiosos que van más allá de lo oficial. Así cuando Merry visita al visir Sid Eltanyeb Ben El Yemeni nos informa de que fue obsequiado con músicas, manjares y té. Como con manjares se le obsequia en sus visitas al Ministro de la Guerra y al alcaide del Palacio Imperial para ultimar la entrevista con el Sultán.

Concretada la hora y fecha de la entrevista –siete y media de la mañana del cuatro de julio– Merry vuelve a anotarnos en carta de 2 de julio de 1866 al Ministro de Estado español su percepción del tiempo atmosférico:

Muy de agradecer es que este soberano haya escogido aquella hora, pues el calor es fuertísimo –sic–, y tenemos que ir a caballo desde Fez hasta la residencia de este Soberano.

La residencia, Dar de Bibag, se encontraba a una hora de Fez.

Gracias a esta segunda addenda documental –no por el diario en sí– conocemos los pormenores de la entrevista. Como hemos dicho, el diario sólo refleja el viaje de ida. Así, la segunda selección documental realizada por María José Vilar nos aporta una información muy útil para comprender en su plenitud la visita y los resultados de ella manifiestos en el convenio

hispano-marroquí de 31 de julio de 1866 en Fez, principalmente el establecimiento de la aduana en Melilla y el impulso de la relaciones entre España y Marruecos.

La labor de Merry será reconocida oficialmente como se aprecia en las felicitaciones oficiales que agradecen al embajador los servicios prestados, mas Merry no parecerá del todo satisfecho con el resultado de la empresa, como se manifiesta en el interesante borrador autógrafo –aunque sin firma– donde Merry duda sobre el éxito de la delegación y denuncia la hispanofobia de los marroquíes, agudizada por el conflicto de 1859-1860; esto entre otras dudas relacionadas con la inestabilidad política en la región y la necesidad de tiempo y calma para las cosas con Marruecos:

Sin prisa, todo esto necesita tiempo, mucho tiempo, porque aquí todo se hace lentamente.

Entre los flecos que decíamos destacamos el último asunto que recoge la autora. Queremos referirnos a la mediación de Merry para un trato de favor a modo de recompensa para Mohamed Vargas –de ascendencia hispano morisca como delata su nombre– y para Mohamed Ben El Madani Bennis, ministros marroquíes de Asuntos Extranjeros y Hacienda respectivamente, donde podemos apreciar lo sutil de una diplomacia inteligente que evita con disimulo oficial reconocer el favoritismo al procurar en una transacción de trigo

no gravada en la frontera unos ingresos extras para estos responsables públicos marroquíes que se benefician así de su cargo e influencia. Lo interesante del caso es observar cómo todo se hace de manera oficial utilizando un lenguaje y formas que esquivan lo manifiestamente corrupto. Con documentos como este, el libro que presentamos nos muestra esos finos hilos de la tramoya diplomática y la sutileza y capacidad para moverlos. Merry demuestra conocer los límites de la imprudencia. Porque, aún rozándola, bien la esquivo. Igualmente Merry demuestra manejar bien el protocolo zalamero cuando escribe a Vargas comunicándole el haber tramitado a Madrid el favor pedido, favor que será concedido justificándolo como atención a quienes, ministros marroquíes, se muestran adictos a España. Estos documentos, al cabo, revelan la radiografía de un favor entre altas instancias.

Por otro lado, si se quiere como anécdota pero que entra dentro de los tópicos que al principio decíamos xenófobos, Merry calificará de «avaro» –«a fuer de buen moro es avaro», escribe concretamente– al Ministro Mohamed Vargas, contaminado Merry de esa visión negativa que coincide con la de otros dignatarios europeos. No obstante, Merry –nos lo apunta María José Vilar– sí supo validar algunos aspectos positivos. De cualquier modo, la percepción negativa del otro es correspondida porque como nos ha dicho

Merry el marroquí es xenófobo y especialmente hispanófono desde 1860.

Como siempre, como nos tiene acostumbrados, María José Vilar acompaña su libro con un arsenal bibliográfico que –de quererlo o necesi-

tarlo– nos permitiría ampliar el conocimiento de aspectos concretos que se aluden o esbozan en su trabajo. En su buen trabajo.

Mateo Marco Amorós